

Juan Ramón Alvarez

R.J. JOHNSTON, Philosophy and Human Geography. An Introduction to Contemporary Approaches, Londres: Edward Arnold, 1983, pp. viii + 152.

Tras la publicación en sucesivas ediciones (1979, 1983) de Geography and Geographers: Anglo-american Human Geography since 1945 (véase la reseña de L. López Trigal, Contextos 2, 1983) Johnston retoma el tema, expuesto en este libro como una historia de las polémicas, en la forma de una sistematización de las filosofías que han afectado al reciente desarrollo de la Geografía Humana (G.H.): esta vez "la tarea es la complementaria consistente en introducir la naturaleza de las diversas filosofías con escasa referencia a los debates acerca de la importancia de cada una de ellas" (p. vi). Tanto este libro como el anterior citado tienen su origen en sendos cursos undergraduate de Historia y Filosofía de la G. H. contemporánea impartidos por el autor, lo que delata, al menos, que algunos planes de estudio británicos no tienen reacciones alérgicas ante las "historias" y "filosofías disciplinares" -al menos Johnston entiende que todo el que practica una disciplina académica lo hace "en el marco suministrado por una filosofía de esa disciplina" (p. 4). Dicha filosofía puede ser explícita o implícita, pero en cualquier caso efectiva, es decir, productora de efectos en la investigación científica; efectos cuyo sentido no puede establecerse adecuadamente sino atendiendo a o explicitando el contexto filosófico disciplinar.

El concepto de filosofía disciplinar utilizado por Johnston contiene dos elementos principales: una epistemología y una ontología. Brevemente, la epistemología nos aclara qué podemos conocer y de qué modo podemos conocerlo. La ontología asociada a la epistemología establece qué puede considerarse aceptable como base de evidencia, qué es aceptable como "hecho" por una disciplina determinada. Ambas -epistemología y ontología- sirven para definir una metodología: "un conjunto de reglas y procedimientos que indican cómo han de conducirse la investigación y la argumentación en la disciplina..." (p. 4). Sin más discusiones entra Johnston en la tarea de utilizar este triple registro para encargarse de las filosofías de la G. H. Cada filosofía debe quedar caracterizada conforme a la terna "epistemología/ontología/metodología". Evidentemente, cada filosofía tendrá una terna, y dos filosofías que tengan la misma -por una suerte de "axioma de extensión"- serán equivalentes. (La presentación de esta terna coincide, como se muestra en López Trigal y Alvarez, 1983, con otras ternas equivalentes propuestas por obras españolas recientes - lo que importa aquí, empero, no es esta coincidencia, sino la ejecución particular a que somete Johnston el "material" disponible para hacer operativos los

tres registros).

Para la G. H., razona Johnston, podría reducirse la multiplicidad de las filosofías disciplinares a cuatro modelos o concepciones principales: empirismo, positivismo, humanismo y estructuralismo. Y en concreto, para el período considerado en la G. H., puede excluirse el primer modelo -el empirista- porque "los enfoques empiristas declinaron rápidamente frente a la vigorosa campaña en favor de las alternativas positivistas durante las décadas de 1950 y 1960, caracterizándose esta última por el predominio positivista (aunque muchos trabajos del género positivista son muy cercanos al empirismo)" (p. 5).

Johnston desarrolla su libro en cinco capítulos. El primero se dedica al concepto, desarrollo y división de la G. H. En él expone su convicción de que la G. H. es una ciencia social que estudia aquellos aspectos de la realidad social relativos al espacio y la localización. En cuanto ciencia social, la G. H. debe tratarse separadamente de la Geografía Física. Con ello suscribe Johnston el punto de vista "separatista" en Geografía, según el cual, a pesar de que la G. H. y la G. Física pueden aportarse ciertos conocimientos, "fundamentalmente actúan por separado" (p. 3). De ahí que esa separación sea un "factum" científico ("Human Geography exists", p. 3). Trata también en este capítulo de los elementos de la filosofía disciplinar indicados en el párrafo anterior. En la parte dedicada al desarrollo de la G. H. hace el recordatorio de la trayectoria de esta disciplina, cuyo origen hay que situar en ciertas prácticas empíricas: durante el siglo XIX y principios del XX se basó en la reunión y organización de informaciones acerca de lugares, que fue muy útil para el desarrollo de la economía capitalista y la expansión colonial. En esta situación, surgieron dos corrientes principales: el determinismo ambiental y el regionalismo. La primera afirmaba que los lugares varían y que estas variaciones explican causalmente la variación de las actividades humanas. La segunda encontró que la comparación de los mapas mostraba la superposición de la distribución de ciertos fenómenos en determinadas áreas del globo: estas áreas concebidas muchas veces a través de analogías orgánicas eran las regiones, definidoras de la escala adecuada del análisis geográfico. Esta última forma de ver predominó hasta los años cincuenta. Las subdivisiones de la G. H. están dadas a título meramente indicativo: geografía económica, social, política e histórica componen el mosaico de la G. H.

En el segundo capítulo desarrolla Johnston las variantes de la concepción positivista -tanto esta concepción, como la humanista y la estructuralista, son plurales; de ahí que Johnston hable de "approaches". Ateniéndonos a los tres registros, constaría de una epistemología basada en la evidencia de la experiencia y en la dirección teórica de ésta; de una ontología que sólo tiene por objetos científicamente aceptables los que son susceptibles de observación -e incluso, para muchos, de medida-; y de una

metodología hipotético-deductiva de pretensiones explicativas sostenidas por el criterio verificacionista (debilitado tras la crítica de Popper) en muchos casos entendido en su versión "débil" (véase el resumen de las pp. 50-51). La aplicación del modelo positivista de la G. H. procede de su aplicación previa a otras ciencias sociales -economía, sociología, etc.- y se aplicó básicamente a cinco cuerpos teóricos, típicos enfoques del campo de la G. H.: teoría de los lugares centrales, teoría de la utilización del suelo, teorías de la localización industrial, teoría de la distribución de las áreas sociales urbanas y teoría de la interacción espacial. Estos desarrollos hicieron aparecer, sin embargo, determinados problemas peculiares de la concepción positivista. El primero de ellos se refiere al modo de comportamiento supuesto por el modelo frente al modo de comportamiento observado. "El modo de comportamiento subyacente a la mayoría de los cuerpos teóricos bosquejados... ha sido concebido normativamente... un tipo particular de supuesto normativo derivado de la economía neo-clásica que afirma que el hombre, como agente económico, es un maximizador completamente racional de beneficios, lo que en una ciencia de relaciones espaciales equivale a un minimizador completamente racional de costos de transporte... (Pero), puesto que las hipótesis resultaban refutadas... se argumentó que debían utilizarse nuevos supuestos que fueran positivos (lo que es), en lugar de normativos (lo que debe ser...) (p. 36). El segundo problema hace relación a las consabidas dificultades de la verificación, que en G. H. afectan primordialmente a criterios estadísticos de verificación o refutación, lo que plantea el problema de que en muchas ciencias sociales las hipótesis son parciales y dificultan la extrapolación a partir de muestras, así como también impide la experimentación el hecho de que estén planteadas en situaciones contextuales (no hay repetibilidad de los fenómenos). El tercero de los problemas brota de la complejidad del objeto temático de la G. H. "El espectro de objetos disponible para el estudio científico va del átomo... a la economía mundial (que es una unidad simple). En algún lugar a lo largo de este continuo está el objeto de la investigación geográfica... Aunque el geógrafo pueda reunir datos recogidos de unidades individuales -sean éstas personas, tiendas o fábricas-, se interesa habitualmente en ciertos agregados de estos individuos... Pero, ¿en qué agregados?" (p. 40). La necesidad de tratar estos agregados, en tanto que objetos complejos, condujo a la G. H. a adoptar el análisis de sistemas, que trata de objetos complejos en tanto que representables no por relaciones sencillas de causa-efecto, sino por modelos que incluyen sistemas de estas relaciones en que los diversos elementos están conectados todos entre sí formando un circuito total. Gran parte de este trabajo se ha detenido en la fase de construcción de modelos, dada la dificultad en la obtención de los datos necesarios que permitan contrastarlos globalmente. A pesar de esta dificultad, el enfoque holista parece alentar más la explicación que los enfoques atomistas. Pero este holismo es compatible con el punto de vista positivista de considerar los sistemas "como si fueran máquinas" (p. 45). Los tres problemas mencionados van en paralelo con los tres

registros: la oposición entre comportamientos supuestos y observados está asociada al registro epistemológico, el problema de la verificación al metodológico y el de los individuos geográficos al ontológico.

Las concepciones humanistas y estructuralistas surgieron en principio como críticas a las concepciones positivistas y, por ello mismo, se resienten en la ejecución científica de su negatividad inicial. El punto de vista humanista se configura en torno a la reivindicación del hombre como ser pensante y sujeto de decisiones conscientes. Hay tres grandes direcciones en la concepción humanista: el idealismo, la fenomenología y el existencialismo; a todas es común no tanto la pretensión explicativa y predicativa del positivismo, cuanto el afán de una mayor comprensión. El idealismo, ejemplificado en el libro sobre todo por la filosofía de Collingwood, trata de re-establecer o volver a realizar (re-enact) las experiencias vividas por los agentes geográficos, que permiten reconstruir las intenciones de su comportamiento y, por tanto, comprender sus resultados: entender el resultado del comportamiento es reconstruir los fines que el agente se propuso. Más importante que el idealismo y que el existencialismo, tratado sólo de forma testimonial en cuanto defensor irreductible de la subjetividad, es el punto de vista fenomenológico. Johnston, siguiendo a Spiegelberg, distingue cinco tipos de fenomenología: descriptiva, esencial, apariencial, constitutiva y hermenéutica, a todas las cuales -a pesar de su diversidad- les es común intentar comprender "la acción humana mediante el estudio de los significados asignados a los elementos del mundo vivido por el individuo" (p. 58) - una resonancia del tema husserliano de la Lebenswelt, que Johnston conoce a través de la obra de Schutz. Sin entrar en los detalles, el análisis de Johnston conduce, guiado por la semántica de la lengua inglesa, a desdoblar los significados (meanings) en intenciones e interpretaciones - a este respecto es de señalar cierta confusión entre intención e intencionalidad (véase p. 57). La fenomenología se propone penetrar en las vivencias individuales y suministrar la evidencia de esencias generales, por medio de la reducción eidética. El conjunto de las esencias, obtenidas prescindiendo del mundo natural y practicando la reducción eidética, forma "el contenido de la mente humana no socializada y que no ha recibido ningún significado a partir del medio" (p. 60). En esta línea de hallazgo de los significados, pero no referido a la conciencia pura, sino a los significados concretos de la conciencia humana y sus contextos efectivos, ensaya su metodología la hermenéutica, que "intenta explicar los significados que están tras la acciones, para suministrar una estimación de por qué se emprendió determinada acción, en lugar de explicarla. Se trata de una estimación del contexto más que de un intento de predicción" (p. 61). La hermenéutica, cuyos orígenes diltheyanos cita Johnston, se ejercita también a través de la metodología weberiana de los "tipos ideales". Es curiosa la ausencia de Gadamer en el contexto hermenéutico, así como la simple adscripción de Habermas al "estructuralismo marxista"

en el capítulo siguiente.

La geografía humanista, desarrollada en este marco filosófico, acepta el postulado de que el mundo sólo existe en la experiencia vivida del hombre y, por tanto, debe ser comprendido mediante el análisis minucioso de esta experiencia: "una geografía humanista es la que estudia al hombre en el mundo creado por él como ser pensante. Se propone comprender (verstehen) al hombre en su ambiente" (p. 68). Estas palabras resumen un programa, más que una metodología definida (p. 74): el programa humanista no pasa de ser metodológicamente oscuro. La investigación humanista se distingue del estudio positivista del comportamiento por ser un análisis de la experiencia -mientras el primero es observable y cuantificable, la experiencia es sólo interpretable. La concepción humanista ha tenido influencia principalmente en la geografía histórica, en la que ha dominado la vertiente idealista intentando reproducir las acciones de individuos y grupos identificando sus bases teóricas; en el estudio del sentido del lugar, que se ocupa de los vínculos de los hombres -individual y colectivamente considerados- con los lugares, lo que Fu Tuan ha resumido con el concepto de topofilia; en la exposición del concepto de territorialidad, asociado al sentido del lugar y a la constitución del espacio por individuos y grupos, concepto muy influido por la noción etológica de "territorio"; en el estudio del sentido de los paisajes como resultado de la interacción entre las sociedades y sus habitats; y en el estudio del mundo cotidiano analizado fenomenológicamente, uno de cuyos estudios destacados es la llamada "geografía del tiempo". El carácter variado y heteróclito de las iniciativas humanistas hace difícil cualquier evaluación, porque no existen "criterios explícitos" (p. 84) para llevarla a cabo. Entresacando de las palabras de Johnston puede aventurarse el siguiente esquema. La epistemología de la visión humanista enfatiza el carácter subjetivo del conocimiento; la ontología acepta como objetos propios las vivencias de la conciencia humana que se vinculan en diferentes niveles que deben ser analizados; y una metodología ecléctica: descripción, interpretación, análisis de lenguaje, etc.

Las concepciones estructuralistas se basan "en el axioma de que las explicaciones de los fenómenos observados han de buscarse en estructuras generales subyacentes a todos los fenómenos, pero que no se identifican con ellos" (p. 87)., por lo cual la explicación no puede proceder exclusivamente del estudio empírico de los fenómenos. Hecha esta afirmación, pasa Johnston a distinguir dos tipos de estructuralismo: el estructuralismo empírico, característico de las investigaciones sociológicas que ponen de relieve la interdependencia de los sistemas- se trata del llamado estructuro-funcionalismo; y el estructuralismo transformacional que se distingue porque busca dar razón de las explicaciones conscientes y del comportamiento explícito mediante el recurso a estructuras profundas o subyacentes. De este último existen dos subtipos principales según el modo de concebir esas estructuras subyacentes: las estructuras como cons-

tructos y las estructuras como procesos.

El estructuralismo constructivista se identifica con la posición según la cual todos los fenómenos culturales -los actos lingüísticos, las reglas de parentesco, los mitos, etc.- que se presentan en una abigarrada diversidad son, en último término, "transformaciones de unas pocas estructuras básicas universales de la mente humana" (p. 88). Se reconoce aquí el estructuralismo más conocido por esa denominación, cuyos orígenes lingüísticos proceden de de Saussure con sus conocidas oposiciones entre significante y significado, y entre el acto de habla y el sistema de la lengua (parole/langue). A éste se une el transformacionalismo de Chomsky con su distinción entre estructuras superficiales y profundas, así como su defensa de un innatismo interpretado por algunos como biológicamente determinado -Lyons, por ejemplo-, que completa el patrón de la existencia de una estructura universal de la mente humana. La teoría antropológica de Lévi-Strauss, influida intensamente por la lingüística saussureana, y su tesis de que el comportamiento sólo es inteligible a partir de estructuras inconscientes de las cuales los fenómenos observados son únicamente posibles realizados, abunda en la búsqueda de los universales mentales. Marvin Harris ha señalado con creces esta búsqueda por parte de Lévi-Strauss (véase mi reseña de El materialismo cultural, Contextos, 1, 1983). Otro exponente de este estructuralismo constructivista presentado por Johnston es Piaget, para quien el desarrollo de la inteligencia humana no es otra cosa que la construcción, por el sujeto, en su interacción con el medio, de las estructuras cognoscitivas básicas. Tanto Lévi-Strauss como Piaget han defendido que las estructuras universales del espíritu humano tienen la condición de grupos algebraicos de transformaciones. Piaget, en particular, ha identificado la estructura elemental de la inteligencia humana con la interpretación lógica del grupo de Klein al que llamó grupo INRC atendiendo a las cuatro operaciones que contiene (Cf. Lafuente, 1977).

El estructuralismo procesual, por el contrario, concibe los "fenómenos como representaciones de estructuras sociales subyacentes cuya base la constituyen las condiciones materiales de la existencia... Con mucha diferencia, el corpus literario más extenso caracterizado por la denominación "estructura como proceso" es el del marxismo; éste es el que más ha influido en la geografía contemporánea" (p. 91). En realidad, el estructuralismo procesual que resume y comenta Johnston podría tomarse a grandes rasgos como la versión estructuralista del marxismo, pero no la que en su día fue uno de los componentes más importantes y discutidos del estructuralismo francés. Este se situaría, sin duda con más acierto, bajo la rúbrica de "la estructura como constructo": he mostrado (Alvarez, 1978) que también el marxismo estructuralista francés -Althusser, Godelier, etc.- dependían de las influencias de la tradición lingüística o simbólica, en la cual los comportamientos (las "praxis") se oponían a las estructuras como los actos

lingüísticos al sistema de la lengua, en un proceso de determinación simbólica. Esto supuesto, y habida consideración de la distinción de Johnston, el marxismo estructuralista francés tendría su lugar también en el estructuralismo constructivista.

Por tanto, lo que aquí Johnston considera marxismo estructuralista es la formulación al día del materialismo histórico de Marx, que no se reduce "a una forma cruda de determinismo económico... (pues, aunque) separa la infraestructura (los determinantes económicos) de la superestructura (la religión, la cultura, la política, etc.) de una sociedad, no relega a esta última a una posición de total dependencia de la primera" (p. 97). La explicación marxista consiste en determinar la estructura subyacente a los fenómenos observados por las ciencias sociales empíricas, fenómenos que son resultados del funcionamiento de la estructura; pero la estructura como tal no se da como fenómeno. El método marxista pretende establecer determinadas relaciones que sean compatibles (consistentes) con los fenómenos observados: "la teoría debe ser consistente con la observación" (p. 99), aunque ésta no verifique aquella. A este método le llama Johnston retroductivo.

El estructuralismo marxista así entendido tiene su formulación epistemológica en el realismo trascendental propuesto por Bhaskar (A Realist Theory of Science, Hassocks: Harvester Press, 1975), según el cual la observación y la experimentación permiten acceder a cosas y estructuras que existen con independencia de nosotros. En su libro dedicado a las ciencias humanas (The Possibility of Naturalism, Brighton: Harvester Press, 1979), Bhaskar argumenta contra el idealismo que separa, independizándola, la superestructura de la infraestructura, y contra el reduccionismo que agota la superestructura en mero efecto mecánico de la infraestructura. Por el contrario, el realismo en las ciencias humanas y sociales debe acoger la tesis de que -como resume Johnston- "si la infraestructura es la formación social... y la superestructura contiene sus individuos, entonces no solamente la sociedad guía la acción de los individuos, mediante el proceso de socialización, sino que además las acciones de los individuos forman parte del proceso de reproducción y transformación de la sociedad. De este modo, la actividad humana se incorpora a la dialéctica, de forma que hay dialéctica tanto en la infraestructura (entre fuerzas productivas y relaciones de producción) como entre la infraestructura y la superestructura (entre el proceso y su realización)" (p. 102). Puesto que las estructuras están en proceso de cambio y la acción humana se incardina en un movimiento dialéctico, el científico social está obligado a operar en un contexto de causas cambiantes. En un sentido paralelo a Bhaskar se desarrolla la noción de estructuración de Giddens, para quien la estructura no sólo inhibe las acciones, sino que también las permite ("structure is both constraining and enabling"). Johnston termina refiriendo la influencia de Habermas, pero es claro que su exposición se limita a mostrar que la teoría crítica es marxista tanto en su análisis teórico como en

su finalidad práctica.

También el estructuralismo se introdujo en la G. H. por la puerta colindante con otras ciencias sociales. El estructuralismo constructivista ha influido escasamente, salvada la excepción de Piaget en lo referente al desarrollo de la percepción y el análisis geográfico de la percepción del espacio. El estructuralismo marxista comienza a influir favorecido por el progresivo desencanto frente a la estructura social occidental actual y el hecho de que la investigación en su versión positivista fuera incapaz de generar cambios sociales. Por el contrario, el marxismo afirma la unidad de la teoría y la práctica, y según él la ciencia debe conducir a un programa de cambio. Harvey, tras su toma de posición marxista, asevera que la geografía marxista está "preocupada por la reconstitución total de las prácticas y el pensamiento geográfico y por la fusión definitiva de los estudios geográficos... y otros temas bajo el paraguas del materialismo histórico" (cit. Johnston, p. 110). De ahí a la afirmación (por otra parte, procedente de La ideología alemana) de que sólo existe una ciencia social, la ciencia de la historia -el materialismo histórico (M.H.)- sólo media un paso: con ello también queda en suspenso la identidad de la G. H. en la perspectiva totalista del M. H. La G. H. deberá entonces definirse de acuerdo con los conceptos fundamentales del M. H., y en particular del concepto de modo de producción. Así, por ejemplo, lee la definición de Dunford: "La geografía es el estudio de las formas espaciales y estructuras producidas históricamente y especificadas por los modos de producción" (cit. Johnston, p. 111).

Los géneros de la G. H. más influidos por la concepción marxista ha sido la geografía económica, donde se han sustituido las secuencias de crecimiento unilineal y los esquemas de difusión por la teoría del desarrollo desigual ligado a la economía política marxista; la geografía social, en que la explicación de la separación residencial de distintos grupos sociales (económicos, raciales, etc.) se remite a la infraestructura; la geografía política ha tenido un renacimiento de sus estudios (entre otros, del propio Johnston), muchos de los cuales se centran en el papel del Estado en el modo de producción capitalista y en otros; finalmente, no es extraña la renovación producida por el M. H. en la geografía histórica, dado que el M. H. precisamente determina como nivel de resolución (cf. Alvarez, 1981) de la ciencia histórica el p r conjugado "modo de producción/formación social", y la idea de que "el modo de producción está transformándose continuamente como resultado tanto de los procesos que tienen lugar en él como de la interacción con los productos de transformaciones anteriores, hace de él un marco atractivo para el estudio de la geografía histórica" (p. 120).

En el resumen final del capítulo Johnston nos recuerda la epistemología realista del marxismo, pero no recuerda igualmente la metodología reductiva -los marxistas más convencidos hablarían

seguramente de "metodología dialéctica"- y sobre cuestiones metodológicas sólo nos aclara que el marxismo no es verificable/refutable en el sentido positivista, sino que el criterio de verdad es la práctica productora de cambios liberadores: aquí parece que se producen confusiones, pues "unión de teoría y práctica" no equivale a "confusión de teoría y práctica" (a pesar del tópico en que se apoya Johnston). Sobre la ontología del marxismo no dice una sola palabra, como tampoco en el resto anterior del capítulo. Pero es claro que la ontología del marxismo es materialista (otra cosa es el modo de entender la expresión). En todo caso no se comprende el lapsus, teniendo en cuenta que Johnston ha montado sus análisis sobre la terna "epistemología/ontología/metodología"; en este caso, nos hallaríamos ante un fracaso de la terna, que sería inadecuada, o ante una filosofía defectuosa carente de ontología.

El capítulo final plantea el problema de la relación entre los tres tipos de filosofía geográfica y tras sobreandar los caminos del conflicto (cada posición es negación de las otras dos; bien que históricamente han sido las posiciones humanistas y estructuralistas negaciones de las positivistas) y la acomodación (un eclecticismo resultante de trocear doctrinas para ver qué encajes de partes son factibles), el autor se pregunta si es posible una integración de las diferentes posiciones. Subraya que hay pocas muestras de dicha integración y que las existentes exhiben principalmente las afinidades que se dan entre el humanismo y el estructuralismo. La cuestión queda abierta al ejercicio geográfico propiamente dicho.

A pesar de este final problemático que se remata, además, con un dilema referente a la oposición entre la ciencia neutral y la ciencia orientada a fines, el libro de Johnston ofrece un amplio panorama de la filosofía de los geógrafos dedicados a la Geografía Humana. Como he señalado, el material ha sido tratado por medio de la terna epistemología/ontología/metodología. La fortuna de esta terna como instrumento analítico es desigual. Diríase que se ciñe más al modelo positivista, tal vez porque sea éste el más desarrollado en el ejercicio geográfico y su extrapolación a los modelos humanistas y estructuralistas plantea problemas importantes. También es desigual -dentro de su excelente calidad- la exposición de las tres filosofías geográficas, más lograda en los casos del positivismo y el estructuralismo marxista que en el del humanismo, que abarca acaso demasiado -idealismo, fenomenología y existencialismo- y por ello puede rozar la simplificación en algunos puntos. Pero estos detalles no pueden empañar el brillante resultado de un trabajo extraordinario que ofrece a geógrafos y filósofos importantes temas de reflexión.

Universidad de León

### Referencias

- Alvarez, Juan Ramón, La idea de causalidad estructural, Colegio Universitario de León, 1978.
- Alvarez, Juan Ramón, "El nivel de resolución de las ciencias biológicas", Estudios Humanísticos, 3 (1981), pp. 69-93.
- Lafuente, María Isabel, Causalidad y conocimiento según Piaget, Colegio Universitario de León, 1977.
- López Trigo, L y Alvarez, J.R., "La reciente investigación española sobre la Historia de la Geografía" (en prensa).